CULTURA DE DEFENSA Y UNIVERSIDAD

Rafael Puyol Antolín
Rector de la Universidad Complutense de Madrid.

Parece natural a todo el mundo que la Física o la Filología, el Derecho o las Ciencias Biológicas tengan asiento en la universidad, que tiene como función desde siempre aumentar y sistematizar el acervo de nuestros conocimientos y difundirlos. Sorprende, sin embargo, que no haya resultado hasta ahora tan evidente la necesidad de incorporar al campus disciplinas tan necesarias para nuestras sociedades como la Seguridad, la Defensa, la Estrategia o la Polemología, que es la disciplina científica que estudia la guerra, sus causas y su evolución histórica. Nada que tenga que ver con el saber y que requiera métodos científicos es ajeno a la universidad; pero mucho menos debería serlo el campo de conocimientos que rinde mayor utilidad: el que previene la guerra o asegura la paz. Pero en el ámbito universitario, la presencia curricular de la Estrategia es extrañamente escasa y el curso de posgrado que realizan juntos el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN) y la Universidad Complutense de Madrid (UCM) viene a paliar esta laguna desde que en el año 1992 decidiéramos realizar proyectos conjuntos de investigación y colaboración en materia de Seguridad y Defensa. Aspectos ambos cuya centralidad en el mundo actual es evidente y exigen, por lo tanto, una atención investigadora y docente. La paz no es un estado que se nos dé gratis, la paz es una conquista de nuestra voluntad, de nuestra perspicacia y de nuestro celo aplicado al estudio de la guerra, de la tensión y de sus orígenes. Los aspectos políticos en materia de seguridad tienen cada día más importancia en la resolución de los conflictos. La política de seguridad se basa en el diálogo, la cooperación y el mantenimiento de una adecuada capacidad de defensa. Como tantas cosas la paz es, pues, el premio a un esfuerzo, pero ese esfuerzo sólo es útil cuando se conocen los íntimos mecanismos de los procesos en los que estamos inmersos.

Estoy convencido de que aunque el cambio es inevitable, el progreso no lo es. Aunque aparentemente el mundo se integra cada vez más, el fenómeno tiene algo de espejismo porque, al mismo tiempo, el mundo se está fragmentando a ojos vistas. La globalización económica no allana ni arrasa las diferencias culturales o de civilización y si en los años sesenta se hablaba de tres mundos, ahora hay siete, al menos. De creer a Samuel Huntington, director del Instituto de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard, estamos asistiendo «al final de una era de progreso» dominada por las ideologías occidentales, y estamos entrando en una era en la que civilizaciones múltiples y diversas interaccionarán, competirán, convivirán y se acomodarán unas con otras. Pero, contra el diagnóstico de quienes postulan que los crecientes niveles de comercio internacional son una fuerza integradora, sobran estudios que sostienen que unos niveles altos de interdependencia económica «pueden inducir la paz o inducir la guerra, dependiendo de las expectativas comerciales para el futuro». La interdependencia económica fomenta

la paz sólo cuando los Estados esperan que los altos niveles de intercambio continúen en el futuro previsible. Si no es así es posible que se produzca la guerra. En el año 1913 el comercio internacional alcanzó cifras sin precedentes, y en pocos años las naciones se masacraron en una escala también sin precedentes. De manera que conviene estar alerta, no dar por clausurada la Historia y estudiar en profundidad las fuentes del disenso.

El fenómeno de la guerra atraviesa la historia y la cultura de los hombres como una espina dorsal inevitable. En apariencia, la mundialización de la democracia y del mercado instaura la paz entre las pequeñas potencias, y el arma nuclear impide la guerra entre los grandes. En realidad la multiplicación del número de Estados, la ausencia de orden supranacional, la incapacidad de hacer respetar el Derecho en todas partes abren un futuro para la guerra. Desde 1500, los dos tercios del tiempo transcurrido para la humanidad han sido el teatro de guerras mayores, de las cuales nueve fueron mundiales. En el siglo XX la guerra no cesó casi nunca: 36 millones de personas murieron directamente en los conflictos mientras que 119 millones fueron víctimas de asesinatos colectivos sobre todo en los regímenes comunistas.

Desde hace décadas se critica la enseñanza clásica de la Historia entendida como inventario de batallas. Pero es muy poco probable que la Historia pueda dejar de ser por completo ese catálogo de enfrentamientos armados, porque las guerras siguen siendo nuestros puntos de referencia cronológicos más señalados y, nos guste o no, los hitos que marcan los grandes virajes. La charnela que une los diversos compartimentos de la Historia es casi siempre una guerra. A causa de la guerra han perecido casi todas las civilizaciones conocidas y son también las guerras los acontecimientos que marcan la entrada en la Historia de las civilizaciones emergentes. Tal vez esto no sea muy edificante, pero, desde luego, es muy cierto.

Y sin embargo, este fenómeno social no ha merecido ni en tamaño ni en calidad reflexiones e investigaciones a la altura de su importancia. Esta paradoja la explica el antropólogo francés Gaston Bouthoul diciendo que existe una «seudoevidencia de la guerra», una evidencia hecha de costumbre y de resignación. En torno a nosotros, todo evoca la guerra: los monumentos de nuestras ciudades, el nombre de nuestras avenidas, los periódicos o las imágenes de la televisión. Los libros de Historia están repletos de guerras, pero también lo están esos libros efímeros que son los periódicos. Al mismo tiempo que el mundo se integra económicamente, se fragmenta culturalmente y se desgarra en la proliferación de contiendas civiles, en «una floreciente confusión de zumbidos», como dijo William James. Estamos tan impregnados de ese fenómeno que no nos sorprende, lo damos por descontado. Pero, la ciencia —dice Aristóteles— empieza por la extrañeza.

Aunque no soy experto en temas estratégicos creo que puedo decir un par de cosas que tienen que ver con mi disciplina y que afectan al orden mundial. Los fundadores de la Sociedad de Naciones y Naciones Unidas compartían varias ideas básicas. Su «orden mundial» estaría poblado de organizaciones universales que harían cumplir derechos y deberes universales. Tales organizaciones serían la traducción institucional de una voluntad política para detener y castigar a quienes recurriesen a la agresión arbitraria. Estas ideas sirvieron para hacer un pequeño trecho del camino en el intento de crear un

mundo más pacífico. Pero a partir de ahí su utilidad era escasa porque la gobernabilidad de una comunidad mundial presupone la existencia de esa comunidad mundial con algún grado de vertebración o armonía.

Y en ese sentido todavía está todo por hacer. Según reiterados informes sobre el desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, sólo 5 billones de dólares, de los 23 billones del producto nacional bruto global, procedían de los países en vías de desarrollo, aun cuando suponían casi el 80% de la población total. El 20% de los habitantes más pobres del mundo han visto reducir su parte de la renta global de un 2,3% a un 1,4 % en los últimos 30 años. Mientras tanto, la parte del 20% más rico ha ascendido del 70 al 85%. Hay un dato ilustrativo y terrible que pone en cuestión la posibilidad de vertebrar el mundo para hacerlo más pacífico o más seguro: los activos de los 358 multimillonarios del mundo exceden las rentas anuales combinadas de los países con el 45% de la población mundial. La polarización del mundo tal vez la explique con eficacia este otro dato: más del 85% de la población mundial recibe sólo el 15% de su renta. En este contexto no es fácil inventar un mecanismo factible y permanente para el mantenimiento de la paz y el arreglo pacífico de las disputas internacionales.

La caída del muro de Berlín en el otoño de 1989 fue la metáfora del fin de una era y, por consiguiente, del comienzo de otra. No hubo que esperar ni siquiera un año para hacerse una buena idea de la nueva era. La invasión iraquí de Kuwait, el 2 de agosto de 1990, proporcionó la primera metáfora descriptiva de las complejidades de la posposguerra. Fue una metáfora variada, que representaba un mundo de culturas diversas, entidades étnicas y religiosas diferentes e ideologías enfrentadas acerca de la gobernabilidad internacional. Pero la naturaleza fundamental del cambio político mundial quedó ilustrada por la nueva reacción del mundo al anticuado intento de Sadam Husein de tragarse de un bocado a su pequeño y rico vecino meridional.

Tanto el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas como, en general, la comunidad internacional respondieron con unanimidad novedosa: nunca en la historia contemporánea se ha producido un consenso mundial tan general y rápido sobre una acción obligatoria contra un agresor. El consenso se produjo también, en parte, gracias al seguimiento continuo de la crisis que llevaron a cabo las televisiones de todo el mundo. James Schlesinger, ex secretario de defensa de Estados Unidos, dijo, parafraseando a Clausewitz:

> «La televisión es la ampliación de la diplomacia por otros medios.»

Fue un episodio atípico, excepcional, porque los intereses geopolíticos y las confrontaciones sociales continúan avivando la hostilidad internacional, interétnica o civilizacional más que ideológica. Paralelamente, asistimos en las últimas décadas en las sociedades democráticas y de tecnología avanzada a una creciente resistencia a la guerra que suponga el sacrificio de vidas humanas. La guerra de Argelia en Francia, la de Vietnam en Estados Unidos y la de Afganistán en Rusia fueron momentos decisivos en la disminución de la capacidad de los Estados para arrastrar a sus sociedades a la destrucción. Pero dado que la guerra sigue siendo el epicentro del poder estatal, los estrategas bélicos se han ocupado en buscar modos para seguir haciéndola. Según Manuel Castells

—*La era de la información*— en los países democráticos avanzados se han alcanzado tres conclusiones sobre las condiciones necesarias para hacer la guerra algo más aceptable ante la sociedad:

1. No debe implicar a los ciudadanos comunes, así que ha de librarla un ejército profesional.
2. Debe ser corta, incluso instantánea, de modo que las consecuencias no se extiendan, drenando recursos humanos y económicos y suscitando preguntas sobre la justificación de la acción militar.
3. Debe ser limpia, esterilizada, y mantener la destrucción, incluso la del enemigo, dentro de unos límites razonables.

Los avances espectaculares de la tecnología militar en las dos últimas décadas propiciaron las herramientas para poner en práctica esta estrategia sociomilitar que se ensayó en Irak y ha tenido plena vigencia en el conflicto de Kosovo, tal vez la primera guerra ganada exclusivamente desde el aire. Pero estas guerras instantáneas, esterilizadas, aisladas y tecnológicas son el privilegio de las naciones dominantes en tecnología. En todo el mundo se libran guerras más primitivas y más crueles. Sólo en el periodo 1989-1992, Naciones Unidas contó 82 conflictos armados en el mundo, de los cuales 79 eran internos de una nación. Si hiciésemos girar un globo terráqueo y lo parásemos luego poniendo el dedo al azar sobre él, es más que probable que el punto señalado fuese un área de conflicto o de posible conflicto. Las guerras debilitadoras a cámara lenta continuarán junto a la amenaza de un posible terrorismo nuclear, químico y bacteriológico. Por eso hay que pensar en un sistema internacional que abarque la seguridad, el desarrollo, la gestión económica, las responsabilidades y derechos humanos, la diversidad de culturas, la migración de los pueblos y la protección del medio ambiente mundial.

Pero como estamos en Europa me referiré a nuestro continente y a sus riesgos más ciertos. Hace tan sólo poco más de medio siglo desde que Europa salió del conflicto más devastador de su historia. Los cambios que hemos presenciado en Europa durante los siguientes 50 años han sido notables. Teniendo en cuenta los cambios acontecidos en este medio siglo resulta difícil predecir los que se sucederán hasta acabar el presente. Más que el destino o la historia, la configuración y el papel de Europa en este siglo dependerá de múltiples desafíos; entre ellos de la ampliación, la globalización, la escena política y la configuración futura de la Unión Europea. La ampliación no es ni más ni menos que la reunificación de Europa. La Unión Europea incluirá en los próximos 30 años a unos 30 países, con una población de 500 millones, equivalente a más del doble de Estados Unidos y a cuatro veces la de Japón. Este hecho supondrá un redescubrimiento de la diversidad de Europa, pero también de lo que tenemos en común. Supondrá hablar con una sola voz y tener mucha más influencia en el mundo.

Como ha escrito Javier Solana, alto representante de la Unión Europea para la Política Exterior y la Seguridad Común, una Unión ampliada no puede sino fortalecer la estabilidad del continente europeo. Nuestros intereses colectivos están tan entrelazados que la única forma de resolver nuestras diferencias será por la vía pacífica. Somos parte de un mecanismo que permite alcanzar compromisos, en lugar de recurrir al conflicto.

Cuando el día 9 de noviembre de 1989, fecha que sin exageración podemos calificar de histórica, Egon Krenz «destruye» el muro de Berlín, no es solamente un símbolo lo que se derrumba, ni tampoco es sólo la línea de resistencia lo que se disloca: es el orden europeo de posguerra, un orden de 40 años que, en pocas horas, se convierte en escombros. Ese día, cada europeo ve al mismo tiempo descomponerse su modelo del mundo, surgir nuevos esquemas políticos y remontarse a la superficie del Viejo Continente sentimientos enterrados desde hacía decenios.

El fenómeno no es nuevo en Europa porque la esencia de su historia radica en la metamorfosis. La Europa moderna, como ha escrito Edgar Morin:

> «Es el fruto de una metamorfosis y, a su vez, no ha dejado de vivir en cambio continuo: de la Europa de los Estados, a la Europa de los Estados-naciones, de la Europa del *balance of power* a la Europa del desorden, de la Europa comerciante a la Europa industrial, de la Europa del apogeo a la del abismo, de la Europa señora del mundo a la provincia bajo tutela.»

La conclusión es que la identidad europea se define por la continua mutación. Tal vez por eso, jamás ha tenido una frontera geográfica precisa. La herencia de Europa, pues, es la problemática.

Esa problemática se inserta en un mundo igualmente problemático escindido en culturas diversas, entidades étnicas y religiosas diferentes, en agravios económicos, en desequilibrios demográficos e ideologías enfrentadas acerca de la gobernabilidad internacional. ¿Qué es lo que hace Europa en ese contexto? Lo cierto es que durante la mayor parte de la última década la Unión Europea se ha centrado en lanzar el euro y arreglar problemas caseros. Como resultado, la política exterior común ha sido muy poca cosa. Desde luego, de acuerdo con la mayoría de los analistas, si la Unión Europea no ha articulado un proyecto claro en materia de Seguridad y Defensa común en los últimos años ha sido principalmente por culpa suya, de la Unión Europea.

Es una temeridad porque, por un lado Rusia vive hoy una situación de hundimiento económico, frustración popular y debilidad del Estado, que recuerda a la república de Weimar. Y no lo digo como analogía académica, sino como advertencia política. Lo ocurrido en Rusia, además de ser una monumental desgracia para los rusos, es una severa amenaza para Occidente. Los norteamericanos no parecen dar demasiada importancia a ese riesgo, como si todavía pensaran en términos de guerra fría y les bastara con debilitar al antiguo enemigo. Para Estados Unidos las amenazas a la seguridad parecen reducirse a lo que denominan los *rogue states*, que puede traducirse por «gobiernos malhechores» y suele referirse a Irak, Serbia, Libia o Afganistán y poco más. El concepto, desde luego, no es ni muy fino, ni muy preciso.

Por otro lado, los Balcanes se han balcanizado más y el mundo se ha vuelto especialmente peligroso en las repúblicas caucásicas. En la ribera del Mediterráneo el sangriento fundamentalismo argelino no ha eclipsado el enquistado conflicto de Oriente Medio porque aun cuando los palestinos han ganado algo de soberanía, han perdido prosperidad y han cosechado frustración.

Al decir de muchos norteamericanos los europeos serían unos *free riders*, es decir unos gorrones por su falta de voluntad de asumir los costos y los riesgos de su propia defensa. Mientras a raíz de la guerra de Kosovo, se volvían a oír en Estados Unidos voces que repetían eso de «otra vez los americanos tenemos que rescatar a Europa de sus líos», cada vez más ciudadanos europeos no se resignaban a presenciar cómo aquí y allá se producían vulneraciones de los derechos humanos o desastres humanitarios sin que sus gobiernos hicieran nada para evitarlos. Lo que parece cierto es que Europa viene obligada cada día más a salir de las constricciones de la inercia que la enfrenta política y militarmente a Washington y asentar con credibilidad una posición propia, asumiendo la autodisciplina que le permita elaborarla y mantenerla con medios militares propios para hacerse respetar por sí misma.

Si la Unión Europea se incllina por seguir en política exterior a merced de Estados Unidos, como ha hecho básicamente en lo que va de posguerra fría, debe saber que esa situación no siempre será sostenible y que acabará siendo muy costosa. Si, por el contrario, articula una política de seguridad y defensa con la que respaldar una política exterior común, estará en condiciones de estabilizar una Europa no dividida y contribuir a la paz en otras partes del mundo. La Unión Europea es ya una realidad demasiado consistente como para vivir cómodamente bajo la tutela de Washington, pero todavía es demasiado débil para volar por su cuenta. Esa indefinición no puede durar mucho porque cuando la economía se ha convertido en prioritaria frente a la política o a otros aspectos de la integración europea, conviene no olvidar que si existió primero un Tratado de París y después otro de Roma, que fueron el prólogo de la construcción europea, fue precisamente para asegurar la paz y evitar las guerras originadas por los excesos del nacionalismo.

La Unión Europea ha estimado recientemente que en el siglo XX se produjeron más de 300 conflictos importantes. Aproximadamente 200 de ellos estallaron tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. Se trata de estadísticas serias. Apuntan a una necesidad creciente de instrumentos para la prevención y la solución de conflictos. Ésta es una de las razones por las que estamos añadiendo nuevas capacidades tanto militares como civiles y su objetivo es darnos la posibilidad, en caso de que así lo decidamos, de intervenir en operaciones de gestión de crisis. Como consecuencia de ello, podremos desempeñar un papel a la hora de poner fin a este tipo de acontecimientos trágicos. No se trata de una demostración de poder. Se trata de seguridad, de la nuestra y de la de los demás. Podría traducirse en la intervención en catástrofes humanitarias, en las que hubiera que recurrir a tropas para suministrar ayuda o rescatar a la población civil, así como operaciones de mantenimiento de la paz, semejantes a las que se han llevado ya a cabo en los Balcanes.

El director de la revista *Política Exterior*, Darío Valcárcel, tras la Cumbre de Niza concluía que Europa habrá de construirse en torno a estas ideas: la constitución europea, basada en el Estado de Derecho, la democracia y la paz. Todo esto necesita una defensa, de ahí la Europa militar. De otro lado, la Europa del día a día, la de los problemas más inmediatos de cada ciudadano: la seguridad en el control de los alimentos, el aire que respiramos. Ni en una Europa ni en otra se han producido grandes avances en Niza. Pero hay algunos éxitos evidentes como la posibilidad de ingreso inmediato de cinco nuevos

Estados. Esto es saludable para formar una única entidad supranacional capaz de competir con Estados Unidos, China o Japón.

Éste es nuestro escenario. En ese contexto la incorporación a la universidad de los altos estudios militares serviría no sólo para analizar riesgos y asechanzas y para suscitar especulaciones académicas imprescindibles, sino también para articular un pensamiento estratégico inmerso en la realidad, en la actualidad y en la inquietud de la sociedad. Poco antes de la desaparición de la Unión Soviética, Gorbachov organizó un seminario para confrontar los documentos existentes sobre la crisis de los misiles de Cuba de 1962. El informe redactado por Robert McNamara en 1990 sobre este encuentro resulta esclarecedor: Kruschov hizo lo que hizo, y Kennedy reaccionó como reaccionó, porque ambos dirigentes, sus colaboradores y sus pueblos respectivos se hallaban presos de falsas percepciones. Es una lección que no debemos ni podemos olvidar: hay que dedicar mucha atención a estudiar la realidad con objetividad, con tiempo y con sosiego. Hay que dedicar atención a prever los riesgos, jerarquizarlos y estudiar sus probabilidades.

Mi actitud, por lo tanto, es totalmente contraria a la de un colega mío, rector de la que quizá sea la universidad más importante del mundo quien, tras el derrumbe de los regímenes comunistas, vetó el nombramiento de un profesor de estudios sobre Seguridad porque su necesidad había prescrito. Mi ilustre colega se negó a propiciar el estudio de la guerra porque la guerra había desaparecido. Por el contrario, creo que la guerra sólo se evita aceptando la realidad y estudiando la lógica de su evolución. El clásico de la Polemología, Gaston Bouthoul, animaba en un libro imprescindible, y no suficientemente conocido, a intensificar la investigación y la docencia del fenómeno de la guerra y de sus causas. Pedía, con buen criterio, la incorporación de esta disciplina a la universidad que es la instancia organizadora del pensamiento y del saber.

En este sentido, la sociedad española presenta carencias alarmantes ya que, hasta donde llega mi información, la Estrategia sólo es objeto de estudio en la Dirección General de Política de Defensa y en su Instituto Español de Estudios Estratégicos. De una forma colateral también tocan esta materia el CESEDEN, los Cursos de Estado Mayor de los tres Ejércitos y el Centro de Investigación para la Paz de Barcelona. En el ámbito universitario la presencia curricular de esta disciplina es extraflamente escasa. Cierto es que la enseñanza militar ha experimentado en los últimos años una profunda reforma para adaptarla a los criterios marcados por la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo y la Ley de la Reforma Universitaria. La reforma está concluida para la Escala Básica de Suboficiales, la Escala Media y la Escala Superior. Pero falta, sin embargo, un tercer ciclo y nuestro curso de magíster viene a paliar modestamente esta laguna.

Los viejos ejercicios de cartografía geopolítica han quedado amortizados por la plasticidad de nuestro mundo, necesitamos nuevos modelos a fin de ordenar la nueva realidad, comprender las relaciones causales entre fenómenos, prever acontecimientos futuros, distinguir lo que es importante de lo que no lo es y saber qué pasos debemos dar para lograr el objetivo de la paz. Esos nuevos paradigmas están inspirando ya la ampliación y reorganización de nuestras organizaciones internacionales de defensa. Desde la Conferencia de Berlín, la Identidad Europea de Seguridad y Defensa ha cobrado un

nuevo rumbo, al aceptar los norteamericanos el apoyo con medios de la Alianza al desarrollo de acciones militares de la Unión Europea Occidental, siempre y cuando se realicen dentro de lo estipulado en la Declaración de Petersberg, es decir: operaciones humanitarias y de mantenimiento de la paz. La versatilidad de nuestras estructuras de Seguridad es grande y la «cultura de la defensa» forma parte importante de nuestra actualidad, de nuestros retos y preocupaciones y, por lo tanto, merece tener un estatuto universitario.

En la UCM estamos muy satisfechos del grado de colaboración alcanzado entre el CESEDEN y la Universidad por virtud del Convenio de Cooperación que nos vincula que ha dado grandes frutos y los sigue dando. Al Máster en Seguridad y Defensa y a estas Jornadas, se ha sumado más recientemente la Cátedra «Almirante Don Juan de Borbón» de Estudios de Seguridad y Defensa Nacional. Hemos recorrido juntos un camino del que se han beneficiado ambas Instituciones; pero, sobre todo, la sociedad que está en el horizonte de nuestras respectivas preocupaciones.